

en la cama de Cipriana, recibía los cuidados que su situación exigía, y que sus tres libertadores le prodigaban á porfía, y decía á José con una sonrisa de inefable agradecimiento :

— Esta es la segunda vez, hijo mio, que me habeis abierto la tumba que yo creía cerrada y sellada sobre mí para siempre...

Repuesto de su primera sorpresa, el conde de Puysaie, indicaba con sus miradas que deseaba alguna explicación.

Esta explicación la recibió completa, no de la boca de M. José, sino de la de la misma Elena de Rancogne. Le aclaró el drama desconocido de Noirmont; le contó la perversidad de Hércules Champion, en cuyos lazos había estado tan próximo á caer el mismo Loredano, á causa de su generosidad y probidad irreflexivas.

Después, haciendo una señal para que se saliesen fuera los dos jóvenes, y manifestando sus deseos de quedar á solas con el conde de Puysaie, le contó la grandeza de alma de M. José, su abnegación, que nunca se había desmentido, la sinceridad de su amor por Cipriana, amor de que ella sola había sido la confidente y que ella misma había fomentado.

Hizo más; le explicó al conde, que se sentía avergonzado de haber juzgado á M. José de una manera tan poco favorable y de haberse engañado de una manera tan grosera, que era á M. José, y no á otro, á quien era deudor del castigo del coronel Fritz, así como el haber conseguido frustrar los planes de M. Gigant, de quien Nini Moustache no había sido más que un instrumento demasiado dócil.

Le dijo que la restitución de la pobre arrepentida se había hecho con el dinero de Rancogne, dinero que, en definitiva, pertenecía á José, puesto que era él, y nadie más que él solo, el que lo había descubierto en las tenebrosas profundidades de aquella horrible sepultura, en donde parecía estar destinado á permanecer oculto y perdido eternamente.

— Y ese dinero le pertenece con un derecho mucho más legítimo del que vos os figurais, exclamó el conde con el mayor entusiasmo, si lo que yo me imagino es cierto, como crece.

Y entonces, á su vez, Loredano le contó á la condesa de Monte-Cristo la reciente entrevista que acababa de tener con Hércules Champion, las revelaciones inesperadas que le había hecho relativa al legítimo heredero de los Rancogne, llamado José.

Los dos pasaron el tiempo hasta el amanecer haciéndose sus mutuas confidencias, combinando sus proyectos y planes sobre el modo más seguro y más pronto de hacer patente la impostura, de apoderarse de los culpables y castigar en el acto á los asesinos.

El día, cuya aurora empezaba á despuntar, debía ser el de la lucha final, el de la prueba suprema que haría brillar, clara y patente como la luz del sol, el honor inmaculado de Rancogne.

Desde por la mañana, los empleados de la empresa de pompas fúnebres invadieron el palacio. Era el día de los fu-

nerales del baron Matifay, los cuales se celebraron según y conforme lo había ordenado el maestro de ceremonias.

Se cantó una misa con música á grande orquesta; se deslumbró á la muchedumbre con el brillante espectáculo del acompañamiento; se pronunciaron una media docena de discursos, cuyas frases y períodos sonoros y retumbantes tenían todos por objeto el alabar y ponderar las virtudes modestas y sublimes *del hombre más rico y más honrado de Francia*.

Mientras tanto, el conde de Puysaie, cuya falta de asistencia á la ceremonia, así como la de todos los miembros de la familia, había llamado la atención de los demás concurrentes, se ocupaba en hacer todos los preparativos necesarios, según había convenido con la condesa de Monte-Cristo, para recibir dignamente la visita de Hércules Champion y de sus dos asociados.

Cipriana y José, que se sentían tan completamente felices, como puede uno serlo cuando, después de haber pasado una noche tenebrosa y terrible que ha parecido eterna, vuelve á encontrarse uno á la luz de los rayos del sol, estaban arrojados á los dos lados del sillón en que se hallaba recostada Elena, muy quebrantada y rendida todavía. Estrechando entre las suyas las manos de los dos jóvenes, los miraba con un aire indefinible de ternura que no estaba exento de tristeza.

La relación de Loredano le había dado á conocer el valor del pliego cerrado y sellado que Champion había robado del oratorio.

Según las aseveraciones mismas de aquel miserable, este pliego contenía el secreto del nacimiento de José, y José pertenecía á aquella noble raza cuyos últimos descendientes había amado ella tanto.

José era sobrino de Jorge y de Octavio, era un Rancogne.

Lo mismo que decía la pequeña Rosa de otros tiempos, Elena repetía por lo bajo: « Los muertos tienen doble vista »; y acordándose de aquella escena que José le había contado tantas veces, escena y relato á los que no había dado grande importancia, repetía la profecía del Biassou: « Aun cuando el conde Octavio cayese en sus celadas; aun cuando la condesa Elena y el pobre ser inocente que va á nacer, fuesen sus víctimas, ¡ Rancogne está salvado! »

¡ Ay! sí, había sido su víctima la pobre inocente nacida en aquella noche de desgracias. Ella era la que debía estar allí á su lado, á los pies de su madre, en lugar de Cipriana. Ella era la que debía poner su suave y blanca mano en la mano leal y noble del conde José de Rancogne.

Y al pensar que hubiese sido posible aquel tierno descenso, su corazón se henchía de lágrimas; pero en seguida, cuando veía fijarse en su rostro inclinado la dulce mirada de Cipriana, rechazaba su tristeza y añadía por lo bajo:

— Nosotras hemos sido las víctimas expiatorias; ¿ pero qué importa, puesto que Rancogne está salvado? »

## LXH

## EL DESQUITE.

A la hora convenida, el conde de Puysaie estaba esperando en su gabinete á Hércules Champion.

Encima de la mesa, delante de él, tenía abierto el voluminoso registro que contenía los estados de la fortuna particular del baron Matifay.

A su derecha, los títulos de propiedad y de la renta formaban un protocolo respetable. A la izquierda, numerosos paquetes de títulos al portador y billetes del Banco, formaban otro grupo no menos voluminoso y respetable.

Loredano estaba pronto á rendir sus cuentas; y hasta leía en aquel momento con aire distraído el poder que le había conferido su hija Cipriana autorizándole para obrar con plena libertad en el negocio.

El conde estaba solo, pero de vez en cuando, se oía el murmullo de una conversación en voz baja en la pieza inmediata.

Entonces Loredano volviéndose hácia el lado de donde se oía aquella conversación, se ponía un dedo en la boca y pronunciaba un ¡ chuut! misterioso.

La conversación cesaba en seguida.

Larose llamó discretamente á la puerta exterior, la abrió y anunció, como hombre que sabe su obligación, á « los caballeros que espera el señor conde. »

Los caballeros entraron.

José María Tarantas formaba tan singular contraste con sus dos compañeros, que llamaba la atención. El solo que era el menos culpable, cuando había llegado el momento crítico de la lucha, se manifestaba con un aire resuelto á sostenerla á todo trance, costase lo que costase.

Toinon se hacía todo lo menos visible que podía, poniéndose detrás de Champion que había juzgado prudente ocultar sus ojos cubriéndoselos con unos grandes espejuelos verdes.

El conde se levantó pero sin separarse de su sillón, y señalando con la mano con una noble indiferencia aquellos legajos de papeles que representaban una fortuna colosal que él estaba dispuesto á restituir sin sentimiento, les dijo á los recién llegados:

— Ya veis, señores, que os estaba aguardando.

Champion no pudo disimular un estremecimiento de alegría.

Toinon, movido por un sentimiento instintivo casi involuntario, alargó sus manos con los dedos encorvados como ganchos.

En cuanto á José María, sintió que le subía al rostro un

encarnado vivo que iba á enrojecer sus mejillas, pero por un esfuerzo de voluntad extraordinario, consiguió hacer cesar los latidos de su corazón y permaneció pálido é impassible.

— Falta, solo, dijo Loredano, volviéndose cortesmente hacia Hércules, una simple formalidad que cumplir.

Vuestra relación tan clara, tan precisa y detallada, me ha convencido plenamente; sin embargo, ateniéndome á lo que resulta de esa misma relación, me parece que M. José de Rancogne no conoce sino de una manera muy imperfecta, y eso desde hace muy pocos días, el documento sobre que fundais vuestras relaciones y les sirve de base.

Permitidme pues, que se lo lea, volviéndolo á leer yo al mismo tiempo.

— No hallo en eso ningún inconveniente, dijo Champion, sacando el precioso documento de su cartera, y alargándoselo al conde.

Este lo tomó con la punta de los dedos, haciendo un gesto desdeñoso que no pudo disimular enteramente, desdobló el papel plegado en cuatro dobleces, y empezó á leerlo.

Loredano, que hasta entonces había hablado en aquel tono de media voz particular á las gentes de fina educación, alzó su voz clara y sonora para leer aquel importante documento que valía tantos millones.

Se habría dicho que no leía solo para los testigos presentes, sino también para otros testigos ocultos en la pieza contigua.

Hé aquí lo que contenía aquel papel que no era otra cosa sino el testamento del Biassou.

« José, hijo mio, la obra que yo te he legado se halla terminada. Los malhechores han sido castigados: Rancogne está salvado, puesto que tú lees hoy estas líneas que yo he escrito y que te lego como la más preciosa de las recompensas, y para servirme á mí mismo de rehabilitación.

» La maldición paterna ha sido alzada, en fin; todas las penas y dolores que yo he costado é hice sufrir al conde Juan, mi padre y tu bisabuelo, tú los has devuelto y pagado, hijo mio querido, en abnegación y en riquezas.

» Tú puedes volver á ocupar, desde hoy, en el hogar de la casa paterna, el lugar que mi destierro había dejado vacío, porque esta casa, eres tú quien la ha vuelto á reedificar, y quien ha vuelto á reconstituir la familia.

» Yo nací caballero, y la voluntad de mi padre me hizo labriego. Tú has nacido labriego, y tu abnegación te vuelve á hacer caballero.

» Y tú, ¡ hijo nacido en medio de angustias y tristezas! ¡ tú contra quien se hallaban tendidos una multitud de lazos, aun antes de que nacieras! abre tus brazos, y estrecha en ellos al heredero de la raza desheredada, borra con una palabra, con una mirada, con un apretón de manos, con un beso filial, el sello de reprobación que marcó en ella mi criminal desobediencia, y reconoce en el humilde servidor que te ha sostenido y salvado, al digno vástago de los antiguos condes.

» Guillermo de Rancogne. »

Al pronunciar estas últimas palabras con una voz que se había ido haciendo cada vez más fuerte, Loredano se había vuelto hacia la mampara medio entreabierta.

Pero en cuanto acabó la lectura, fijó sus miradas investigadoras sobre el rostro impasible de José María Tarantas, y le dijo:

— Aquí teneis, señor conde, un documento precioso de nobleza, y no conozco un solo blason que no se manifestase muy orgulloso y ufano de poseer uno semejante á este.

En nuestra época quisquillosa, calculadora, que lo pone todo en discusion, vos solo habeis rehecho la obra de nuestros grandes antepasados. Ellos crearon nuestra nobleza, y vos habeis resucitado la vuestra; por eso entrego con el mayor placer en vuestras manos purificadas por la enérgica y persistente tenacidad del trabajo, esta fortuna, á la que solo vos teneis derecho.

Cosa rara, Champion y Toinon fueron los únicos que se levantaron y se dirigieron hacia la mesa como movidos por un mismo resorte, al paso que José María á quien el conde había dirigido aquellas palabras, no se meneó de su asiento.

El conde puso sus dos manos extendidas sobre los paquetes de títulos y billetes, y dijo con una fina sonrisa.

— Una palabrita todavía.

Y dirigiéndose á Tarantas añadió:

— Lo que me causa mas admiracion en vos, es vuestra modestia, puesto que veo que estos dos valientes amigos, — é hizo un profundo saludo á los dos acólitos, — estos dos buenos amigos que os han seguido y acompañado en todas vuestras pruebas, ayudado en todos vuestros trabajos; estos dos buenos amigos, repito, ignoran la parte mas principal de vuestra obra, obra de seguro la mas valiente y arriesgada, y si me atrevo á decirlo sin ofender vuestro pudor caballeresco, la mas heroica que imaginarse pueda.

Veo que, al venir hoy aquí á reclamar esta fortuna á la que, me apresuro á decirlo, vos teneis justo derecho, esos buenos amigos ignoran que al hacerlo así, vos no cumplís en esto mas que con un deber general de justicia en el que no se halla en juego vuestro interés particular.

Hércules y Toinon aguzaron los oídos.

El conde, aparentando no haber notado sus movimientos, prosiguió:

— Ellos no saben que vuestra fortuna personal como único heredero hoy día legitimo de los Rancogne, asciende á tal número de millones, que estos que hay aquí son una bagatela; veo que ignoran la prodigiosa empresa que llevásteis á cabo, la exploracion de los espantosos subterráneos de Rancogne, el descubrimiento del tesoro, conquistado en medio de los horrores de la oscuridad, del hambre, de la soledad y de otros peligros.

Toinon y Hércules no comprendian lo que queria decir el conde, y se dirigian uno á otro miradas azoradas é inquietas.

Por lo que hacia á Tarantas, avergonzado ante aquella multitud de elogios de que se sentia indigno, conocia que empezaba á apoderarse de él la confusion, que el rubor le

subia al rostro, y no levantaba ahora los ojos del suelo, cuando al entrar se manifestaba tan resuelto y erguido.

— Pero yo conozco esos trabajos y esfuerzos, continuó M. de Puysaie entusiasmado; yo conozco esos trabajos propios de un Jason moderno, y sé el desinteresado objeto con que los emprendisteis.

He hecho mas, he vuelto á encontrar un testigo humilde de esta gigantesca empresa, aquel mismo que os ha servido de segundo, un ser heroico como vos, como vos simple y sencillo, que os ha perdido de vista hace mucho tiempo, y que os anda buscando; un verdadero amigo, un Píladés, y mas que todo esto, un hermano.

Esta era la agradable sorpresa que yo os preparaba, y por eso he querido que viniésteis aquí, porque queria, al entregaros esta fortuna, arrojar en vuestros brazos esa otra mitad de vos mismo.

Vos me perdonareis por eso, ¿no es verdad? El espectáculo de esta tierna efusion es la única recompensa que yo quiero tener en cambio de una restitucion que, por ser tan natural y legitima, no mereceria, en verdad, ninguna.

Y volviéndose hacia la mampara, exclamó:

— Es inútil que trateis de disimular por mas tiempo: Clemente, venid pronto.

— Yo creo que esto se enreda, dijo Toinon despacito al oído de Hércules.

Pero este no le respondió sino con un gesto de enfado, disimuladamente.

## LXIII

## LA PARTIDA DECISIVA.

El buen Clemente acudió en seguida al llamamiento, y con gran sorpresa del doctor, con asombro de Hércules, y con grande azoramiento por parte de José María, que se había levantado como movido por un resorte, se arrojó al cuello de este último exclamando:

— ¡José! ¡mi valiente José! ¡al fin vuelvo á encontrarte!

El ex-estudiante, á quien llenaba de pavor y confusion este reconocimiento imprevisto, tartamudeó algunas palabras incomprensibles.

— Esto es efecto de la emocion, dijo Loredano á los dos compadres aturdidos.

A fé mia... señores, un espectáculo tan tierno es cosa que conmueve y agrada en extremo; pero no debemos ser egoistas: si os parece, dejémoslos solos un momento para que se desahoguen mutuamente.

¿Qué se había de responder á esto?...

Hércules hizo un gesto de asentimiento; pero se repetía despacito, para sí, las mismas palabras que Toinon acababa de decirle:

— Decididamente... creo que esto se enreda.

Con sus maneras finas, maneras de gran señor, Loredano los condujo á otro cuarto contiguo; pero no estuvo mucho tiempo haciéndoles compañía, porque casi en seguida se volvió á entrar en el gabinete por otra puerta distinta de la que había salido.

Clemente y Tarantas se habían aprovechado de este corto intervalo para desenlazar sus brazos, y cuando volvió el conde, los encontró de pié separados á alguna distancia uno del otro, mirándose y guardando silencio.

— Ahora hablemos claro, dijo el conde friamente. Los dos miserables que han venido con vos, señor no sé quien, no son dignos de compasion de ninguna especie, y aun confieso que vos mismo no seriais muy acreedor á ella. Sin embargo, como sois jóven, es posible que no se haya extinguido en vos todo buen sentimiento.

Por mi parte, yo no os habria perdonado; pero otras personas, aquellas mismas á quienes queriais robar esta fortuna, desean dejaros una puerta abierta.

¿Teneis algo que decirnos? Hablad.

La puerta de la sala inmediata se había abierto enteramente, y en el umbral de ella se veian agrupados la condesa de Monte-Cristo, teniendo de una mano á M. José, y de la otra á Cipriana, sus dos hijos.

Tarantas, deslumbrado, no pudiendo sostenerse de pié, se dejó caer de rodillas, extendió los brazos en ademán suplicante, y exclamó:

— ¡Gracia!... Matadme á mi, si quereis, pero no me deshonreis... ¡Al saberlo ella, se moriria!...

La señora de Monte-Cristo, desprendiéndose de las manos de Cipriana y José, se adelantó lentamente hacia Tarantas, le tocó la frente con un dedo con aire de dulce autoridad, y dijo:

— Este hombre me pertenece.

Dirigiéndose á él en seguida, prosiguió:

— ¡Y sabiendo que ella moriria por eso, habeis obrado de ese modo, desgraciado jóven!

Estas palabras, en las que no había ningun acento de cólera, sino el de una profunda conmiseracion, conmovieron á Tarantas hasta el fondo del alma.

— Era por ella precisamente... balbuceó. ¡Ah! ¿si supierais?...

— Lo sé, respondió Elena; nosotros sabemos todo, ¿no es verdad, José?

Mientras que vos pensabais en despojarle de su herencia, él se ocupaba en buscar disculpas á vuestra accion monstruosa. Gigant era el hilo, y debia, necesariamente, servirnos para sacar por él, el ovillo, es decir, guiarnos hasta vos. Así es como hemos sabido vuestra historia. Conocemos las manchas con que habeis empañado vuestra alma, que había nacido dotada de buenos sentimientos; sabemos que allá, en el hermoso pais que es tambien el nuestro, teneis una madre, y que es por ella, por esa madre, solamente, por lo que os perdonamos...

Ahora se trata, tarea algo difícil, por cierto, de rehacer vuestra honradez y probidad; nosotros no os ayudaremos en

esa tarea, porque cualquiera ayuda que os diésemos, disminuiria el mérito de vuestra rehabilitacion. Sin embargo, sabed que vuestra madre va á ser bien dichosa, porque lo que debía ser el precio del crimen, lo será el la confesion y del arrepentimiento.

Gruesos sollozos salian del pecho de José María, y aquel hombre, que hacia tanto tiempo no conocia las lágrimas, lloraba ahora como un niño.

Se apoderó de las manos de la condesa, y ahogado por la emocion, no pudo decir mas que estas palabras:

— ¡Oh! señora, ¡sed bendita entre todas las mujeres!

— Id en paz, le contestó ella levantándole con un gesto lleno de sublime mansedumbre, y señalándole la puerta; id en paz, le repitió, y no volvais á pecar mas.

Luego que Tarantas salió del gabinete, el conde de Puysaie fué á abrir de par en par la puerta del cuarto lateral, en donde estaban encerrados los dos cómplices.

— Venid, señores, les dijo con una sonrisa tan amable, que el hombre de negocios sintió disiparse todas sus inquietudes. — Venid, venid, que os están esperando.

Yendo en seguida á su escritorio, y dirigiéndose á M. José, que tenia la cara vuelta, continuó:

— Decíamos pues, señor conde, cinco millones en valores de diferentes especies; otros tantos en billetes y dinero acuñado; ademas, el palacio valuado en un millon y quinientos mil francos; ¿es eso todo?

— Todo, absolutamente, respondió M. José.

El sonido de aquella voz hizo estremecer á Hércules, que no había visto todavía á M. José mas que por detrás, oculto, segun estaba casi, en la penumbra oscura del cuarto.

La señora de Monte-Cristo y Cipriana ya no estaban allí.

Las sospechas de Champion se hicieron entonces mas vehementes que nunca. Sin embargo, era preciso manifestarse sereno, y así es que no se meneó.

— Entonces, dijo el conde, ya no falta mas sino que me firmeis el recibo.

— ¿En mi nombre, preguntó M. José, ó en el de la condesa viuda de Rancogne?

De la otra parte de la mampara contestó una voz clara y dijo:

— En tu nombre, hijo mio querido; yo no quiero tener ya nada en este mundo.

Al oír esta voz, le entró un temblor á Champion.

Viendo que M. José vacilaba por segunda vez, la condesa Elena de Rancogne entró en el gabinete, se fué hacia el escritorio y le alargó la pluma.

Todo esto se hacia con la misma naturalidad é indiferencia que si no estuviesen presentes Hércules y Toinon.

Parecia que todo el mundo había olvidado que estaban allí.

— ¡Ella! exclamó Champion al ver aparecer la descolorida fisonomia de la que él creia había desaparecido para siempre del mundo de los vivientes. ¡Siempre ella! ¡Esto es cosa del infierno!...

Esta vez Champion se veia enteramente perdido; así fué

que cuando se dignaron ocuparse de él, no respondió sino por un gesto de desaliento é impotencia.

Pasado este primer momento, sin embargo, aquel hombre, en quien parecía hallarse encarnado el espíritu del mal, levantó la cabeza con feroz altanería.

— Está bien, exclamó; vosotros habeis ganado, yo he perdido. Dadme jueces, hacedme conducir á la cárcel, ¿qué me importa? Yo sé bien que no hareis caer mi cabeza; sería necesario para eso deshonrar la memoria de Matifay, y dos procesos en una familia, es demasiado.

En cuanto al presidio, me importa un bledo... se consigue salir de él.

Después, agarrando al buen Toinon del brazo, añadió estas desconsoladoras palabras para el digno doctor, que no las tenía todas consigo:

— Nos han cogido en la ratonera, amigo; tanto peor para nosotros. Vamos, ven, los gendarmes están á la puerta, no los hagamos esperar mucho tiempo.

Y él mismo arrastró á su cómplice hácia la salida del gabinete, á cuya puerta había, en efecto, apostados algunos agentes de policía.

Ni José, ni la condesa de Monte-Cristo habían pronunciado una sola palabra, y hasta detuvieron con un gesto á Clemente y á Loredano, que querían arrojarse sobre aquellos miserables.

La misión de uno y otra no era la de castigar, sino la de salvar.

Luego que se concluyó esta tragedia doméstica, el conde de Puysaie, que hasta entonces había sido sostenido por una fuerza ficticia, efecto de una irritación nerviosa, se dejó caer como muerto en un sillón.

Cipriana corrió hácia él, y poniéndose de rodillas, tomó la mano del conde entre las suyas para recalentarla con sus caricias; pero tan pronto como la soltó, volvió á caer inerte aquella mano.

En el corto espacio de algunos minutos, este hombre que, durante la escena que hemos presenciado, se había manifestado tan fuerte, tan hábil, tan joven, con tanta prudencia y lucidez de espíritu, se había transformado de repente, excepto sus cabellos que permanecían negros, en un viejo, en una verdadera ruina viva.

Sus labios entreabiertos y caídos, sus facciones contraídas por los sacudimientos interiores de una apoplejía nerviosa, formaban largas y profundas arrugas alrededor de sus ojos y de su boca, que daba pena el verlas.

Y cuando trató de responder á las apasionadas caricias de su hija, no salió de su boca sino el tartamudeo de un niño.

Los ojos, sin embargo, permanecían vivos y elocuentes; tan elocuentes, que sus miradas parecían gritos, y estas miradas, tan enérgicas como una orden imperativa, se fijaban alternativamente en Cipriana y José.

No se calmaron sino cuando su hija, obedeciendo su muda voluntad, se fué á agarrar al brazo de su desposado.

— ¡Pobre padre! suspiró Cipriana, ¿te vas á quedar solo así!

Pero la condesa de Monte-Cristo, que había desaparecido del cuarto hacia un momento, volvió á entrar en él, trayendo de la mano á Lilia, y empujándola hácia el sillón en donde el conde permanecía sin movimiento, exclamó:

— Solo, no; porque ¿no tiene esta que expiar las faltas de su culpable padre?

## EPILOGO

### Las Hermanas del Refugio.

No hay desenlace en la vida. Los acontecimientos que afligirán ó harán dichosa la existencia del hijo, son una consecuencia inmediata y fatal de aquellos que han hecho dichosa ó afligido la del padre. La vida humana vuelve á recomenzar en cada generación, pasando por las mismas peripecias é iguales alternativas: hallanse en juego las mismas pasiones, luchan, unos contra los otros, los mismos sentimientos, y vuelven á caer en el foso las mismas miserias y debilidades, á la manera de aquellos soldados rezagados que van dejando en cada etapa los ejércitos.

El hombre de ingenio que pudiese hacer en toda su realidad verdadera la historia de un siglo, habría hecho al mismo tiempo la historia de la humanidad entera.

Por eso nosotros que, en nuestra humildad, hemos tratado de desgarrar para vosotros una página de ese libro inmenso de la vida, nos hallamos muy embarazados en el momento de escribir la palabra FIN; palabra deseada por el autor, hace largo tiempo, y quizás, también por el lector.

Porque esta palabra *fin*, ¡ay! ¿no es la palabra primera de otro libro, mil veces mas interesante, puesto que es el libro en que se piensa y con que se sueña?

El mismo día, y en una misma iglesia, se celebraban al mismo tiempo en tres altares distintos, tres casamientos diferentes.

El del conde José de Rancogne con la señorita Cipriana de Puysaie, viuda del baron Matifay.

El de Clemente con madama Rozel.

Y el de Luis Jacquemin con Ursula.

Cada una de estas tres parejas había recibido aquella misma mañana una carta firmada con nombres diferentes.

La de Cipriana estaba firmada: «Condesa de Monte-Cristo.»

La de madama Rozel: «Viuda Lamouroux.»

Y la de Ursula: «Aurelia.»

Pero las tres decían lo mismo; les encargaban el ir, después de la ceremonia, á un sitio determinado é indicado por señas idénticas.

Tres coches estaban esperando á los jóvenes esposos á la salida de la iglesia, y los tres tomaron la dirección de Passy.

Luego se pararon á la puerta de hierro de una verja pintada de verde, que daba entrada á un parque de grande extensión, poblado de árboles frondosos y corpulentos, á través de los cuales y bajo sus sombras, se veían esparcidas por aquí y por allí algunas casitas y pabellones aislados.

La puerta de la verja se abrió sin hacer ruido, y los tres carruajes rodando sobre un suelo cubierto de arena fina, se pararon ante las gradas de la escalinata de una casa mas grande que las otras.

Una mujer, especie de introducida, estaba en la parte superior de esta escalinata: era madama Jacquemin.

•Cipriana preguntó por la condesa de Monte-Cristo.

Ursula, por Aurelia.

Y madama Rozel, por la viuda Lamouroux.

A esta triple pregunta, madama Jacquemin respondió con una profunda inclinación de cabeza, y con un ademán rogó á las tres jóvenes señoras que se sirviesen seguirla.

La pieza en donde las introdujo era de una simplicidad austera. No había muebles. El pavimento era un mosaico como el de una capilla: algunos cristales de colores permitían atravesar la luz amortiguada, que derramaba cierta claridad mística. En el fondo había una tumba de mármol blanco, una obra maestra de algun escultor desconocido. El monumento tenía la forma de un sofá-lecho, y sobre los almohadones de piedra, que eran de una semejanza tan perfecta hasta el punto de engañar la vista, y creer que, al posar la mano sobre ellos, iban á hundirse con la presión de ella, se veía extendida la forma de una joven esbelta.

La forma de la Pippione.

En el centro de la capilla, dos mujeres cubiertas con largos velos estaban orando puestas de rodillas sobre el pavimento mismo.

Las dos alzaron la cabeza al oír el ruido que las recién llegadas hacían. Ursula reconoció á su hermana mayor, Nini Moustache; y Cipriana, á su madre, la condesa de Puysaie.

Ambas á dos se levantaron y abrieron sus brazos, á los que se arrojaron las dos jóvenes; pero este doble abrazo fué de corta duración.